

**NAVIDAD, FIESTA DE LA LUZ  
EN MEDIO DE UNA NOCHE DE CRISIS PLANETARIA**

ASÍ fue ya la primera Navidad. Jesús de Nazaret vino al mundo en medio de la noche que el Imperio Romano imponía en sus vastos territorios. Noche de explotación de los pueblos dominados (casi todo el mundo conocido entonces) mediante impuestos, duros trabajos y crueles formas de servidumbre, de los que solo se beneficiaban el propio Emperador, la corte de patricios y senadores, y cuantos se ponían a su servicio voluntariamente, servilmente. El Imperio era el dios único, que imponía sus leyes al mundo entero bajo el engañoso título de *Pax Romana*. Se trataba, claro está, de la ley del más fuerte: la fuerza de un ejército de jefes bien adiestrados en la crueldad de la guerra y de miles de soldados mercenarios, reclutados en todos los países de su dominación, unos obligados por las necesidades materiales, otros aventureros por romper la monotonía de la vida rural. Junto a una fuerte y poderosa Legislación Civil, Roma Imperial, que no dejó de conocer en su interior críticas bien fundadas y oposición intelectual y popular, supo hacer del aparato de la guerra su santo y seña en cada tierra (incluso en sus propios territorios) donde clavaba su garra. Y ahí, en medio de la noche, en uno de los pueblos más pequeños y depauperados del Imperio, apareció Jesús de Nazaret, pequeñísima Luz que barrería las tinieblas del Poder Romano.

Y así ahora también. (¿No ha sido siempre así?). Hablamos de Noche-Buena, Noche-Santa, Noche-de Paz...; es la fiesta de cuantos creemos que en las entrañas de la historia humana, ha sido depositada una fuerza invencible: el Amor de Dios a este mundo. No es otra la Luz que nos trae Jesús de Nazaret. Por eso Él dirá: *No temáis, yo he vencido al mundo*. Y dirá también: *Yo soy la Luz del Mundo; el que me sigue no caminará en tinieblas, sino que tendrá la Luz de la Vida*. Y, para reforzar tal mensaje de fe y de esperanza en la posibilidad de que siempre, siempre, el mundo en que vivimos puede ser mejor, nos dice desde su Resurrección: *He aquí que todo lo hago nuevo: cielo nuevo y tierra nueva*.

La Navidad viene cada año para recordarnos que el mundo en que vivimos debe y puede ser mejor. La misma crisis es reveladora de tal necesidad. Y en esta crisis planetaria que hace sufrir a millones de personas en nuestra hora mundial, que roba el pan, el agua, el vestido y la casa, pero sobre todo, que roba la paz a sectores numerosos de nuestro planeta Tierra, la pavorosa crisis que arroja grandes nubarrones incluso sobre países que se creían libres de tal posibilidad, la Navidad 2012, la que ahora nos disponemos a celebrar, nos pide, en primer lugar, tomar buena cuenta de cuán poderosa e inicua es la crisis que nos afecta. Pero también, hacer buen acopio de las luces, energías y transformaciones interiores que trae esta Navidad 2012 a cuantos quieren celebrarla honradamente, es decir, en fidelidad al Jesús que nace.

Nos ayuda en esta meditación un texto del teólogo Karl Rahner, cuya profunda espiritualidad nos acompaña en nuestra búsqueda personal de autenticidad cristiana a la hora de celebrar la Navidad\*.

---

\* Karl Rahner DIOS CON NOSOTROS. Meditaciones. BAC POPULAR. Madrid 1979, pp. 88-102

*Cuando se es cristiano se tiene la obligación de no forjarse demasiadas ilusiones acerca del encanto de la Navidad. El cristiano no puede ser la persona que cubre con cánticos y dichos piadosos la deplorable realidad de la vida humana. Porque el cristiano cuelga como signo de su fe una Cruz, un patíbulo en el que está clavado un hombre.*

Celebrar la Navidad, al igual que todas las conmemoraciones del Año Cristiano, lleva consigo la exigencia, como deber sagrado, de no separar el contenido religioso con su mensaje de salvación de la forma y medios que utilizamos para hacer fiesta. Esto vale de manera especial para la Navidad, cuyo encanto bucólico y tradiciones familiares, pletóricas de ternura centrada en torno a los más pequeños, nos pueden hacer olvidar qué es lo que en realidad estamos celebrando. Bajo ropajes de excesos y ruidos que atiborran por igual cuerpos y almas, podemos quedar incapacitados para salir con lo mejor que hay en cada uno de nosotros al encuentro del **ENMANUEL**. Cuanto más ligeros de equipaje, es decir, más despojados de afanes de goces sensibles excesivos, nos acerquemos a la Nochebuena, más abiertos y libres estaremos para acoger su demasiada Gracia, su dimensión de Dios-con-nosotros.

*En Jesús se ha expresado Dios a sí mismo como el Misterio. Está en Él como el ofrecido a todos nosotros. Él es Aquel en quien Dios y Hombre son una misma cosa sin eliminarse el uno al otro.*

Tocamos aquí el núcleo central de la Navidad: Dios se ha unido al Hombre de forma tal, que ya nada los puede separar. Bien entendido: Dios ya no lo es sin el Hombre, al que ha asociado a su Misterio Eterno, Misterio de Salvación por el Amor. Es lo que los cristianos llamamos Encarnación del Verbo. *Luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo*, en toda criatura humana, mujer u hombre, de más o menos destacadas cualidades personales o condiciones sociales, Dios está “ofrecido”, dice el teólogo, como el valor fontal en el que se sustenta y hace hermosa la vida de los humanos. La Navidad nos dice: Dios quiere ser-con-tigo; ¿querrás tú-ser-con-Dios? Cuanto más sepas de ese Dios que mora en ti, más sabrás de ti mismo, de la grandeza y fecundidad de tu existencia humana. Este es el Misterio de Dios hecho Hombre.

*La Navidad es en Jesús, como en nosotros, el comienzo de la muerte. Dado que la muerte domina la anchura y longitud de nuestra vida, y no es tan solo algo que sobreviene al fin de ella.*

Pero al nacer Dios en Jesús de Nazaret, nace la muerte en Dios. Quiero decir: Dios hace suya nuestra muerte temporal al hacer suya la entera realidad humana. Y, al hacerla suya, la llena de su Vida Inmortal. Jesús de Nazaret, que viene a enseñarnos a vivir como verdaderos hombres, viene a enseñarnos a morir como verdaderos dioses. Hombre verdadero es aquel que entrega su vida a una gran misión, a una causa justa, cual Jesús al Reino de su Padre. Nadie alcanza su propia humanidad lejos de esa entrega incondicional a algo que es más grande que sí mismo. Desde tal condición, nadie es fiel a sí mismo en tanto no ha encontrado el valor supremo al que consagrar toda su realidad humana. ¡Pobres humanos, mujeres y hombres, que solo alcanzan a vivir para sí mismos, para sus propios intereses y criterios: nunca sabrán nada de su propia dignidad que encierra tanto el vivir libre, creativa y solidariamente, cuanto el morir confiado y alegres tras haber entregado todo lo suyo al bien común!

*La muerte domina la anchura y longitud de nuestra vida*, dice Rahner. Vivir es morir un poco cada día. Pero más aún, vivir es saber aceptar las muertes diarias que nos pide el amor, el servicio, los trabajos y la lucha por la Justicia y la Paz. Es lo que representa la Cruz de Cristo: encontrar el sentido de nuestra vida, incluso la alegría de vivir, en ese saber morir (no buscarse uno a sí mismo) en su diaria entrega a una causa noble, digna de nuestra Humanidad. No morimos cuando termina nuestra peregrinación por este mundo; hemos ido muriendo día a día por amor, y en el último día de nuestra vida mortal es cuando gustamos por última vez de la muerte, para salir al encuentro de Vida en Plenitud. El Verbo Encarnado hizo suya la muerte del humano, para trasformarla con la expansión de su Vida Divina.

*Dios nos ha aceptado. En medio de la vida diaria vivida con honrada sobriedad se abren por todas partes los abismos de nuestra existencia, abismos que precisamente el hombre sobrio no puede cubrir con el parloteo y ajetreo de cada día, Estos abismos están llenos de la Gracia del incontenible misterio que llamamos **Dios-con-nosotros**.*

Ha de ser en nuestra vida ordinaria -*nuestra vida diaria vivida con honrada sobriedad*- donde Dios quiere salirme al encuentro, con tal de que yo no niegue *los abismos de mi existencia*: mis irrenunciables necesidades espirituales, pero también mis contradicciones y crisis, todo ello exponente de la grandeza y debilidad del Hombre que soy yo y que es Dios-con-migo.

Dios asume en toda criatura humana el proceso vital por el que cada uno llega a ser él mismo. Dios me enseña desde dentro de mí a ser “yo”. Me enseña, en primer lugar, que no puedo conformarme con una existencia superficial, rutinaria, convencional, vacía de valores, de ilusión y de entusiasmo. Dios quiere encontrar su felicidad en que yo desarrolle al máximo posible su presencia creadora y liberadora en mí. ¿Y no consiste en esto mismo mi propia felicidad? ¿Puede el humano llamar vida a una existencia que no es creativa, que no es libre, que no es comunicativa como el Ser de Dios?

Pero también, Dios nos enseña, mediante su Ser-Dios-con-nosotros, que ningún problema nuestro, ningún sufrimiento, ninguna crisis, dejan de ser suyos. Y que es así, compartiendo todo lo nuestro, como nos manifiesta su Amor invencible y vencedor.

¡Bendita crisis la de todo crecimiento humano, individual o colectivo, porque es en medio de la crisis donde Dios nos fortalece para que no cedamos a la mentira del mal que pretende dominarnos! Toda crisis es crítica a la realidad. Ella nos dice que las cosas marchan mal, porque no hemos utilizado bien los medios a nuestro alcance, o porque estamos en un proceso de grandes cambios que están pidiendo a gritos nuestra sincera y valiente colaboración.

Aceptar la existencia humana lleva consigo reconocer la necesidad de las crisis. Nos llaman al crecimiento. Nos invitan a descubrir las causas que nos hacen sufrir o nos impiden ser mejores, más fieles a nosotros mismos y más responsables en la marcha de nuestro mundo. ¿No podríamos colocar las crisis entre los *signos de los tiempos*, aquellos acontecimientos que por su intensidad y extensión son reveladores de lo que Dios nos está pidiendo a quienes creemos en Él?

En la llamada crisis financiera o crisis económica mundial, que no es otra cosa que el daño infligido a millones y millones de seres humanos por el capital reunido en pocas manos, en esta crisis en medio de la cual celebramos la Navidad, Jesús, Luz del Mundo, nos abre los ojos para que advirtamos que la causa es provocada; podía haberse evitado; y es posible superarla poniendo los medios adecuados. De lo contrario, la crisis se camuflará bajo nuevas fórmulas de poder político cargadas de falsas promesas que sólo conseguirán nuevas (y ojalá no más graves) crisis en el futuro. Al iluminar el fenómeno sociopolítico de la crisis actual, la Navidad nos recuerda que Dios no quiere el sufrimiento humano, que lo sufre solidariamente con sus hijos/hermanos más desfavorecidos, y que lo denuncia mediante la presentación del Reino de Dios que encierra la posibilidad siempre inminente de un mundo más fraterno y habitable en sus dimensiones de medio ambiente y de convivencia entre países.

*Aquí (en la Navidad) Dios mismo se salió del terrible resplandor en que como Dios y Señor habita, y vino a nosotros...pobre del todo, arriesgado del todo, infantil y manso del todo, indefenso del todo. Él, que es el fruto infinito y lejano que nosotros por nosotros mismos nunca podemos alcanzar. Ha recorrido con nosotros nuestro camino hacia Él para que el camino encontrase un final feliz. Su eterna Palabra de Misericordia está aquí, donde estamos nosotros. Él recorre como peregrino nuestros caminos, gusta nuestra alegría y nuestra miseria, vive nuestra vida y muere nuestra muerte. Por eso, este (nuevo) comienzo (que es cada Navidad), que es nuestro y es suyo, es un comienzo de promesas indestructibles. (Por eso podemos hablar de) una Noche Buena y Santa.*

El Dios que ha dejado *el terrible resplandor* de aparecer como Señor Absoluto, para manifestarse como uno de tantos y ser uno de tantos (*se despojó de su rango*, dice Pablo de Tarso), nos ha mostrado con claridad deslumbradora que solo aceptando *ser pobre, manso e indefenso del todo* (no violento), es posible aportar a este mundo fuerza de ascensión, superación de endémicos problemas que nos hacen sufrir. Pero, de modo inseparable, nos ha mostrado el riesgo en la lucha y la audacia emprendedora para hacer posible que no muera el amor en este mundo. Solo el amor salva al mundo de las falsas concepciones de la vida, basadas en el dominio de unos sobre otros, en las hegemonías económicas y en todas las formas de fanatismo e intolerancia. De tales falsas concepciones de la vida brotan las crisis como hierba mala que asola el planeta y nos roban el gozo de vivir como hermanos, en la verdad y la libertad del amor.

Pero con la aparición *del fruto infinito y lejano que nosotros por nosotros mismos nunca podremos alcanzar*, el fruto de Dios en nuestra carne humana, Dios que ha dado el salto de su Eternidad a nuestra Temporalidad, ahora, sí, ahora podemos nosotros con Él, El-con-nosotros, abrir caminos de esperanza hacia ese final feliz, que no es un final lejano, sino la posibilidad siempre latente en todo tiempo y lugar (en medio de toda crisis) de hacer triunfar la Dignidad Humana por encima de sus eternos detractores, como son la ambición de poder, el miedo, la violencia y todas las idolatrías que ofrecen a los humanos una talla más pequeña que la del Dios de Misericordia Infinita.

*Su Eterna Palabra de Misericordia está aquí, donde estamos nosotros.* Está en todas y cada una de las crisis humanas. Sufriendo las consecuencias de la crisis y luchando contra sus causas. No permitiéndonos caer en un fatalismo de enervante resignación,

que sería tanto como entregarnos a las fuerzas del mal, a la mentira política, económica y social que ha generado la crisis actual.

Si el Verbo de Dios *ha recorrido su camino hasta nosotros*, lo ha hecho para que (Dios-con-nosotros) nuestro camino hacia Dios (nosotros-con-Dios) esté siempre expedito. Caminando en la dirección en que Dios ha caminado al hacerse Hombre, nos identificamos más y más con Dios. Nos hacemos Dios en Dios. Y la dirección única del camino de Dios al hacerse Hombre, es que la entera humanidad se vea libre de todas las trabas que le impiden gozar de su Amor.

*¿Cómo tenemos que celebrar la Navidad?*, se pregunta y nos pregunta el teólogo que nos acompaña en esta reflexión. Y esta es su respuesta:

- *Como misterio de la Noche Santa. Todo tiene que ser silencio, recogimiento y mansedumbre en nuestro corazón abierto sin reservas.*
- *Como el corazón de un niño que no se ha cerrado todavía ninguna de las posibilidades de su existencia, sino que está disponible sin sospechas para todos.*
- *Tenemos que atrevernos a dar paso a este silencio de la noche en nuestro hombre interior. El fondo, la anchura, lo que hay de soberano en nuestro ser tiene que reinar silenciosamente sobre nosotros, lo mismo que la noche, dejando que se pierda lo que está al alcance y lo limitado, y acercando la dilatada lejanía sin acortarla. A nosotros, los no acostumbrados, nos aterra también el gran misterio del Amor Infinito.*
- *No deberíamos profanar la Noche Sagrada, en la que fue también consagrada nuestra vida, con el demasiado barato ajeteo de un día de fiesta.*
- *Únicamente aquel que en el silencio de la dulce contención, del afectuoso dejar hacer, consiente que en la silenciosa Navidad del propio corazón retroceda la multiplicidad de las cosas que le obstruyen la mirada hacia el infinito; solamente el que en semejante silenciosa noche del corazón se deja llamar por la inefable y muda proximidad de Dios que habla a través de su propio silencio, solamente ese celebra la Navidad como tiene que ser festejada, si esta no ha de degenerar hasta convertirse en un día de fiesta enteramente mundano.*

Es, pues, una solemne invitación a entrar en el silencio de la noche, donde la experiencia de fe, siempre ha escuchado a Dios. La pérdida de dicho silencio contemplativo es en sí una profanación de la Noche Santa. Recogimiento y mansedumbre. Corazón abierto a todas las posibilidades de un futuro mejor, sin resentimientos ni decepciones larvados de amargura. Valorar el mundo interior que nos habita y llama a habitarlo conscientemente como sede de nuestra autenticidad creyente. Hasta que el gran Misterio del Amor Infinito que constituye la Luz de esta Noche, nos inunde de manera tal que caminemos entre nuestros hermanos como Hijos de la Luz, los que no tropiezan en la avaricia, la envidia, el odio, la violencia..., porque la experiencia de Dios llena sus vidas de gozo y de paz inefables, y, por ello mismo, las capacita para la entrega más generosa al servicio de todo lo auténticamente humano.

*Escuchemos la inefable melodía  
que resuena en el silencio de esta Noche.*

*El alma callada y sola canta aquí  
al Dios del corazón su más leve e íntima canción.  
Y puede confiar que Él la oye.  
Esta canción no tiene que buscar  
al Dios amado  
más allá de las estrellas.  
Porque es Navidad.  
El Verbo se hizo carne.  
Y el que está recogido en sí mismo (aunque es de noche),  
percibe en este silencio nocturno  
el profundo latido del Corazón de Dios,  
la sutil palabra de su Amor,  
merced a la llegada llena de Gracia del Verbo  
en la noche de nuestra vida.  
Lo último y definitivo se dice  
solamente en el silencio de la noche.*

¿Podría terminar de mejor y más provechosa manera esta meditación sobre “Navidad en tiempos de crisis”, propiciada por el hermoso texto del teólogo de Innsbruck, intitulado EN MEDIO DE NUESTRA NOCHE? El humano -mujer u hombre- de vida interior, el que escucha latir el Corazón de Dios al unísono de su propio pequeño corazón, el que en la noche real de su existencia, en medio de sus luchas y dificultades, encuentra que Dios habla, para responder a nuestras cuestiones más candentes, para consolar en los momentos más difíciles, para que no desfallezcamos en la lucha contra todo cuanto hace sufrir a nuestros hermanos..., será siempre una persona inquieta y rebelde, lúcida y soñadora, que no permitirá a ninguna crisis, de ningún tipo ni calibre, hacerse dueña de su libertad.